

*biopolítica* (1979), Foucault no ve en el siglo XX el esfuerzo por fortalecer el Estado, sino más bien por debilitarlo, junto a una cierta fobia a su agencia de la mano del creciente sometimiento de la sociedad a fuerzas económicas tan potentes como radicalmente enemistadas con los límites impuestos por la condición humana. Este estudio sobre un Foucault inhabitual merece sin duda ocupar un lugar de honor entre los ensayos especializados en su obra en lengua castellana.—NURIA SÁNCHEZ MADRID.

LLINÀS, CARLES, *Escatologia i modernitat. El pensament d'Odo Marquard*, Barcelona, Cruïlla – Fundació Joan Maragall, 2014, 281 págs., ISBN: 978-84-661-3726-3.

Resulta una experiencia intelectual muy grata leer un libro como el que acaba de publicar Carlos Llinàs, catedrático de filosofía política de la Facultat de Filosofia de la Universitat Ramon Llull, por su rigor metodológico y por el impulso filosófico que lo anima y que lo ha hecho merecedor del XXIII Premio de la Fundació Joan Maragall de Barcelona (2012). Como queda de manifiesto en la primera parte, la vocación del filósofo sigue siendo extemporánea y conflictiva, pues, a pesar de que la filosofía ha visto reducida su campo de acción tradicional, mantiene su función de compensar incompetencias (p. 41). La verdad es, por naturaleza, incómoda; su búsqueda, difícil; y encontrarla a menudo causa problemas, si se quiere ser leal a ella. Aunque sea una salida de tono, podría decirse que la filosofía contemporánea ha aprendido que, aunque le sea propio investigar la verdad, la filología le ha proporcionado la posibilidad –la excusa– de dedicarse a la verosimilitud, la cual, según Aristóteles, sólo requiere coherencia.

Dicho de una manera elemental, el libro que ahora reseñamos, escrito en catalán, tematiza esta tensión entre filosofía y filología como el trasfondo sobre el que se alza, *indirectamente*, el núcleo teológico de su argumentación sobre la relación entre escatología y modernidad en el pensamiento del filósofo alemán Odo Marquard (1928-). Quien desee adentrarse en estas páginas deberá comenzar paradójicamente

por la conclusión, sin que esta estratagema le ahorre, ni mucho menos, la lectura completa. Llinàs no sólo expone detallada y sistemáticamente, por primera vez al menos en España, el pensamiento de un filósofo actual, sino que además intenta establecer *críticamente*, paso a paso, el proceso de argumentación filosófica de su obra mediante un modo de filosofar del que el autor estudiado quiere explícitamente desviarse.

El núcleo de la tesis de Marquard que Llinàs explora desde diversos ángulos (historia de la filosofía, filosofía política, ontología...) podría resumirse así: la modernidad, definida como la época de las neutralizaciones de todo énfasis y de toda intención directa de sentido, es la segunda refutación de la gnosis después de que la refutación patristica y medieval del marcionismo fracasase ante la contrarrefutación que le opusieron la teología medieval de la omnipotencia divina y la de la Reforma protestante. Llinàs sostiene que esta concepción histórica de la modernidad, que debe ser finalmente «fáctica» si quiere evitar sus aporías internas, acaba chocando no sólo con contradicciones externas sino sobre todo con la propia realidad de que la respuesta teodiceica que elabora la propia modernidad en sus orígenes (Leibniz) conduce en apariencia inevitablemente hacia las formulaciones gnósticas de las filosofías de la historia del siglo XIX (y muy especialmente, el marxismo). La pregunta que Llinàs plantea apunta a si la gnosis ha hecho fracasar siempre cualquier intento de ahorrar el riesgo del absolutismo escatológico; o si, por el contrario, la refutación moderna ha «olvidado» su continuidad histórica respecto de la primera. La descarga de toda intención enfática de sentido, es decir, el desvío de cualquier proyección escatológica, incluso intramundana, agravaría la situación del escepticismo contraescatológico. A pesar de las propuestas de Marquard, la retirada hacia un modelo civil-burgués, hoy en crisis tras las esperanzas de la caída del Muro de Berlín, no puede satisfacer ni tan siquiera la propia construcción interna –no sólo la coherencia *estilística*– de su reflexión filosófica.

A fin de hacer frente a los resquicios que tan inteligentemente cubre el autor alemán, Llinàs construye su obra de una manera

«escolástica» que, a la vez, sea hoy históricamente inteligible en sus propios términos. A estos efectos, su exposición avanza dialécticamente sobre la base de un uso flexible de figuras característicamente semánticas. Entre la antítesis y el oximoron, según un contrapunto irónico que exige la conciencia de crisis que recorre la modernidad, la estructura global del libro se presenta como un intento no de refutar la refutación moderna de la gnosis, sino de recuperar la tensión escatológica entre ambas refutaciones (patrística-medieval y moderna). Escatología y modernidad, en principio contrapuestas, acaban revelando su condición complementaria. Ante una (anti) modernidad escatológica, como las de la filosofía de la historia, Llinàs plantea, en polémica con Marquard, una escatología moderna, la cual no se identifica «superando», «sobrepasando», ni tampoco «restaurando», la escatología cristiana medieval. En cambio, lanza una apuesta histórica y filosófica por establecer un hilo de continuidad entre edad media y modernidad. Resulta clave para entender el alcance de esta crítica la nota 190 (p. 260), en la cual se argumenta la necesidad que tiene una modernidad escéptica como la que defiende Marquard de incluir las intensidades escatológicas cristianas si no quiere contradecirse enfatizando excesivamente cualquier intención enfática de sentido, entre ellas las transhistóricas del propio cristianismo.

En este sentido el libro del profesor Llinàs se adentra también en el tema de las relaciones entre fe (cristiana) y cultura (moderna). No las constituye tanto una tensión antitética como la que podría establecerse entre escatología y modernidad (de hecho Marquard deja abierta la posibilidad de que la enfatizaciones de sentido escatológico se acojan al ámbito de la religión), cuanto una tensión fecunda en el espacio de la *coincidentia oppositorum*, más allá de la discusión sobre las consecuencias de la «secularización». Citaré unas palabras de Llinàs que son reveladoras a este respecto: “Me atrevo a decir que Marquard  *fácticamente*  se encuentra que todas las cuestiones que trata (la gnosis con sus refutaciones y contrarrefutaciones, la teodicea, la filosofía de la historia) son en último término cuestiones  *teológicas* ; o sea, que la  *sustancia*  de todas las cuestiones y de

los motivos conductores de su pensamiento es una  *sustancia teológica* ” (p. 264).

Este punto culminante de su argumentación conduce hacia el final abierto de este libro, el cual, de una manera u otra, ha venido siendo preparado desde el principio. Es legítimo trazar este itinerario leyendo las citas que encabezan cada capítulo y poniéndolas en diálogo con la argumentación que ejemplifican. La disputa filosófica entre Marquard i Blumemberg sobre el concepto de «secularización», la que mantiene el autor alemán con las dos versiones, positiva y negativa, de finalidad escatológica de la modernidad que sostienen K. Löwitz y J. Taubes; e incluso el trasfondo de los planteamientos de R. Koselleck sobre los fundamentos y el desarrollo de la crítica ilustrada, encuentran su réplica o, mejor, son introducidas  *irónicamente*  por un conjunto de citas puestas al principio de cada capítulo. Los hermanos Klaus y Thomas Mann enmarcan la argumentación marquardiana entre la advertencia del peligro del fascismo y la afirmación cultural del modelo social burgués. El siguiente  *anillo*  lo forman dos citas de  *La muerte de Virgilio* , de H. Broch, sobre el fundamento estético-político que pone en cuestión la radicalidad (contra)revolucionaria de  *Chevenгур* , de A. Platonov. En el centro mismo del libro, como su eje, emerge un párrafo de  *La genealogía de la moral*  de F. Nietzsche. Sus palabras quieren constatar que, habiéndose hundido como dogma, el cristianismo se enfrenta ahora a su hundimiento como moral. Según Nietzsche, este acontecimiento próximo interroga sobre toda voluntad de verdad.

Carles Llinàs considera que la radicalidad de esta pregunta no puede ser rehuida a la hora de hacer una historia de la modernidad. En palabras suyas, es precisa “una narración que explique el encadenamiento de hechos de esta época como la exposición teológica de la autosupresión teológica de la teología –del cristianismo. Y eso, subyacente a Marquard, lo hizo Nietzsche” (p. 265). Esta es la tarea de otro libro que va más allá del que hemos reseñado, el cual merece, por el enorme interés que suscitan sus interrogantes, una amplia atención por la comunidad académica y, en suma, por todos los lectores de filosofía.—ARMANDO PEGO PUIGBÓ.